



LA
BRUJA
de Madrid

2

6371/2



B. R. Madrid

6

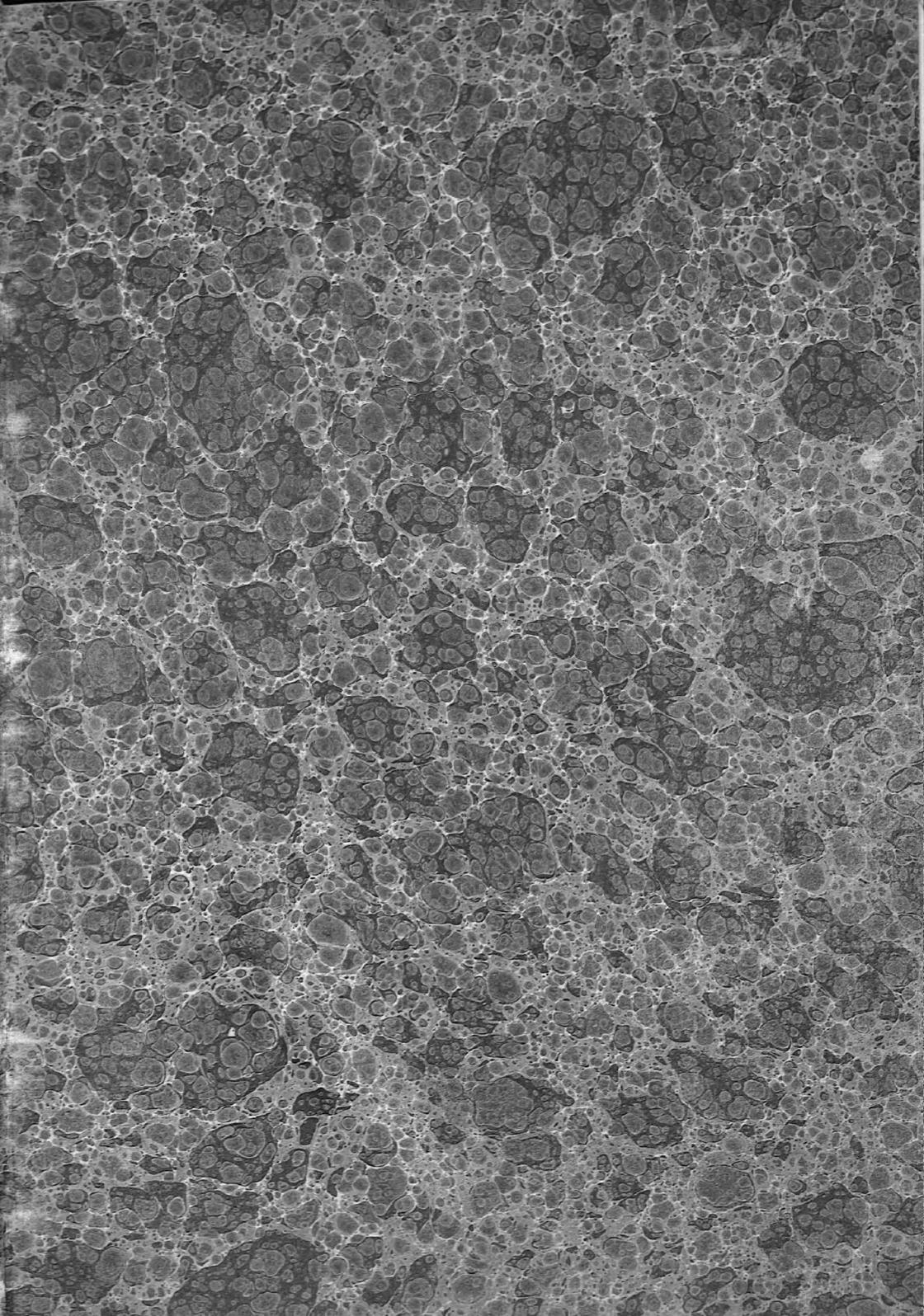
Diputación Provincial
de Madrid

Biblioteca

Reg. 9789

Vols. Fd. Pertenencia

Sig. Mod. 520



A-938/2

R
9788

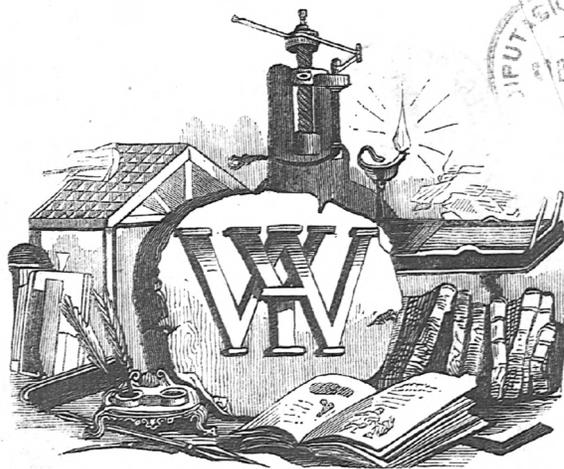
POBRES Y RICOS

LA BRUJA DE MADRID

NOVELA ORIGINAL DE

D. Wenceslao Ayguals de Izco.

CUARTA EDICION.



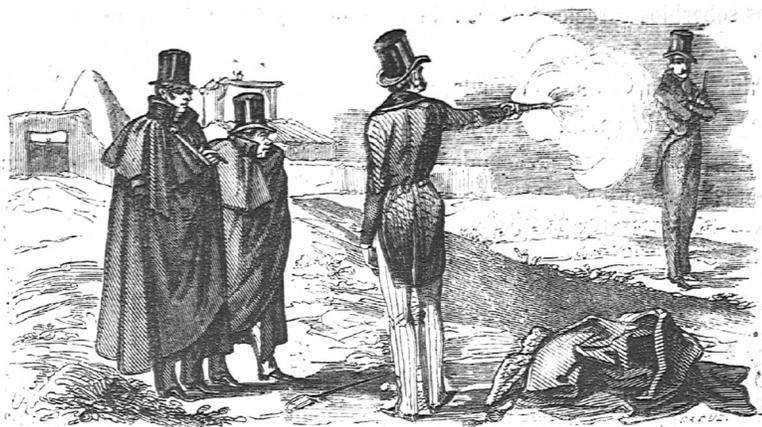
TOMO II.

MADRID—AGOSTO—1856.

Imprenta de Ayguals de Izco hermanos, calle de Leganitos, núm. 64.



ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.



CAPITULO PRIMERO.

CONSECUENCIAS DE UN DESAFIO.

Es propio de caballeros
Terminar cuestiones de honra
Con espadas en el campo,
Con botellas en la fonda. ...

.....
Gebet mir zu trinken
Ich sterbe vor durst.
SCHNITZTEIN.

Vite à table! vite à table!
Hâtons-nous d'accourir
Vers le plaisir!
Et qu'un vin délectable
Vienne nous étourdir!
Que la plus douce ivresse
Prolonge ce festin.
Et par mainte prouesse,
Que chacun soit un coquin
Jusqu'à demain.
D. C. et G.

Era el 1.º de abril de 1824 y los céfiros de la primavera jugueteaban por el campo sobre una magnífica alfombra de esmeralda.

Los primeros rayos del sol bañaban la tierra dando á la vejetacion impulso; cuando por solitaria senda rodaba con rapidez una carretela elegante,

cuyos soberbios corceles hicieron de repente alto junto á las tapias de un soto.

Abrió un lacayo la portezuela, y cuatro jóvenes se apearon del lujoso carruaje, todos ellos provistos de su correspondiente capa, porque el frío se dejaba aun sentir á consecuencia de la nieve caída en el mes anterior, que aun coronaba los montes de blanquecinas cúspides.

Aquellos personajes misteriosos, en vez de encaminarse hácia algun asilo, dirigieronse á un terreno árido y desierto, sin detenerse hasta haber perdido de vista la carretela, que permaneció como clavada en el punto donde había hecho alto.

Al llegar á una pequeña llanura dirigieron los cuatro jóvenes la azorada vista á todas partes, y dos de ellos arrojaron sus capas al suelo y se colocaron uno enfrente de otro.

Un segundo después habian cruzado sus espadas, que centellearon refulgentes mas de un cuarto de hora, hasta que de improviso cesó la lucha, y después de agruparse los cuatro jóvenes, separáronse de nuevo, y los mismos que con tanto denuedo acababan de blandir sus espadas, se colocaron á la distancia de treinta pasos uno de otro, mostrándose impertérritos cada cual con su pistola en la mano.

Cruzóse uno de brazos y aguardó con la frente erguida que su contrario le disparase su arma. Salió el tiro; pero afortunadamente no dió en el blanco.

Entonces aguardó el otro con la misma impavidez que su rival la mortífera bala. Vomitóla el cañon, y saltó el sombrero del impertérito joven, que ni siquiera se inmutó. Apiñáronse los otros tres á su rededor, y regresando pausadamente los cuatro á donde estaba la berlina, volvieron á introducirse en ella.

Crugió la fusta del cochero junto á las diminutas y bulliciosas orejas de los corceles, y fogosos se lanzaron á escape hácia Madrid.

Media hora después paróse la elegante carretela en la calle del Caballero de Gracia, á la puerta de la fonda del Caballo Blanco. Apeáronse los cuatro jóvenes dejando las capas en la carretela, y entraron en la fonda.

— ¡Mozo! — gritó uno de ellos dando recias palmadas en una mesa.

— ¡Señor! — respondió un joven muy listo al parecer.

— Cuatro almuerzos.

—¿De qué precio?

—Toma—repuso el mismo jóven que habia llamado al mozo, y le arrojó sobre la mesa una onza de oro.

—Estoy con las mismas dudas—dijo el mozo mirando por todos lados la moneda como para asegurarse de si era buena ó mala.

—De eso han de salir los cuatro almuerzos, y además el de los lacayos, y tu propina.

—Puede arreglarse muy bien—replicó el mozo.—Ustedes cuatro á tres duros por barba... son doce duros... sesenta reales los lacayos... son quince duros... y uno de propina... ¿verdá usted?... onza completa.

—Corriente; pero has de servirnos pronto, en un cuarto donde no tengamos testigos, y que no falten buenos vinos de Málaga, Jerez y sobre todo *Champagne*.

—Quedarán ustedes contentos—repuso el mozo dejando caer la onza para que sonase en el suelo.

—¿Temes que sea falsa?

—De estas falsedades quisiera yo un talego.—Y desapareció el sirviente diciendo para sí:—¡Esto es lo que se llama un parroquiano de buen paladar!

Los cuatro jóvenes, que tenian todas las trazas de cuatro calaveras de los mas libertinos que producen en la coronada villa los salones aristocráticos, pasaron apenas un cuarto de hora dando aullidos descomunales, que ellos se figuraban modestamente lindos trozos de las óperas de Rossini mas en boga á la sazón, cuando se les presentó de nuevo el mozo y les condujo á una pieza enteramente aislada, donde pudieran á su sabor solazarse en cualquier género de conversacion por libre y voluptuosa que fuera.

No nos detendremos en detallar el aseo y buen servicio de la mesa que ocupaba el centro de aquel comedor. Baste decir que todo era de lujo. Finísimos manteles, elegantes cubiertos de plata, vasos de cristal tallado y copas de diferentes hechuras y dimensiones, colocado todo con inteligencia y simetría. En medio de estos objetos, cautivó la atención de los interesados y causó en ellos extraordinario gozo una gran fuente de ricas ostras abiertas, que respiraban la misma frescura que si acabáran de salir del mar. Cuatro medios limones recién partidos acababan de estimular el apetito. Varios fiambres perfectamente condimentados rodeaban la succulenta fuente.

—¡Bravo! ¡Bravísimo!—esclamaron los cuatro jóvenes á un tiempo al ver aquel estimulante panorama estomacal.

—Me lisonjeo de que han de quedar ustedes muy complacidos—dijo el mozo.—Esto no es mas que el prefacio de la obra.

—¡Hola! ¿Y qué entiendes tú de prefacios?—preguntó uno de los libertinos.

—Aquí donde ustedes me ven—replicó el ladino sirviente—no habia nacido yo para servir. Mis padres se empeñaron en hacerme estudiar para cura, y como yo... la verdad... soy muy aficionado á las hijas de Adán, mas quise renunciar á las hopalandas que á los zagalejos.

Estas picarescas palabras del mozo fueron acogidas con grande aplauso y prolongadas risas de adhesion.

—¿Y cómo te arreglaste para burlar el empeño de tus padres?—preguntó el que le habia entregado la onza.

—De una manera muy sencilla. Mis padres son aragoneses, lo mismo que yo. Hijos de la misma Zaragoza. Sabia de consiguiente que ellos no habian de ceder, ni yo tampoco.

—¿Pero por qué no habias de ser cura?

—He dicho antes que soy aficionadillo á las prógimas. Estaba yo entonces enredado con una viudita que tenia deseos de establecerse en Madrid. Nos pusimos de acuerdo, y sin decir oste ni moste á nadie, echamos pié en polvorosa.

—¿Y la viudita?—preguntaron los cuatro jóvenes á un tiempo.

—Regañamos á los pocos dias... ella se fué á Francia con un tambor mayor del ejército de Angulema, y yo me quedé sirviendo en esta fonda, donde me va tan grandemente.

—¿Cómo te llamas?

—Nicolás.

—Eres buena alhaja, Nicolás.

—Eso decia la viuda.

—Eres un jóven de pró—dijo otro de los troneras dando al sirviente una palmada en el hombro,—y te pronostico gran fortuna como no te separes de la senda de buena moral que has emprendido. ¿Y piensas en volver á Zaragoza?

—¿Quién, yo? Dios me libre. Mi padre es maestro de obra prima... za-

patero por mal nombre, y aun cuando fuera posible que me perdonase, cosa que no cabe en la terquedad de un aragonés, soy yo poco aficionado al tirapié. No pienso dejar esta fonda á no ser que se me proporcione un año jóven y divertido, que me dé buen salario, poco que hacer y mucho que andar en embajaditas de amores. ¡Cómo me gustan á mi los trapicheos! No hay hombre mas servicial que yo para los enamorados.

—¡Este muchacho es una alhaja!— dijo á sus compañeros el que habia pagado el almuerzo; —pero dejémonos ahora de razones y vamos á engullirnos el prefacio.

—Opino como el preopinante— añadió un tercero— engullamos... y bebamos sobre todo. Señores, *yo me ahogo... yo me muero de sed.*

—¡A la mesa!— gritó el cuarto de los concurrentes.

—¡A la mesa!— repitieron todos.

—Pero dejemos, señores, que el mozo acabe de perfeccionar la simetría— objetó una voz.

—Soy de la misma opinion— añadió el de la sed.—¡Viva la simetría!

—Pues yo no estoy por la simetría... estoy por el buen vino.

—Lo mismo digo— repuso el que tenia sed.—¡Abajo la simetría, y venga el vino!

El mozo puso cuatro botellas de vino en la mesa.

—Señores: es justo que se dé un voto de gracias al mozo por su amable actividad— exclamó uno.

—Concedido— gritaron todos.

—Pero... ¡qué ostras!... ¡qué ostras!— decía con entusiasmo el que pagó el almuerzo.— Supongo que estarán buenas las ostras.

—Las han traído esta mañana envueltas en nieve— respondió el mozo.— No se comen mas frescas en ningun puerto. Mientras despiertan ustedes el apetito con ellas, voy á que activen lo demás.

—¡A la mesa! ¡á la mesa!

Tomaron posesion de la mesa los cuatro amigos, y empezaron por leer los rótulos de las cuatro botellas que en ella habia.

—¡Málaga, Champagne, Jerez, Cariñena!— exclamó uno de los concurrentes con voz sonora.— Preciso es confesar que se escriben cosas muy buenas en el dia, por mas que se diga que la literatura está en decadencia. Hay ciertas lecturas que conmueven el alma. Estos rotulillos llenan las con-

diciones de toda obra perfecta. Deleitan é instruyen á la vez. Aquí tenemos cuatro diferentes puntos del mapa: Málaga, *Champagne*, Jerez y Cariñena, de modo que una completa coleccion de escelentes vinos seria una biblioteca geográfica que nada dejaria que apetecer.

— Estudiemos, pues, la geografía — repuso otro de los circunstantes — empezando por el capítulo *Champagne*. Demos al estómago el correspondiente calor para que pueda fácilmente digerir el estimulante marisco. — Y llenando cuatro copas del espesado líquido, levantó una de ellas con la diestra, y añadió: — ¡Brindo por la indisoluble amistad que ha inaugurado el lance de hoy entre dos valientes!

— ¡Brindo por el conde del Llano! — gritó con entusiasmo uno de los aludidos.

— ¡Brindo por el capitán Rompelanzas! — exclamó el otro.

Y después de haber apurado todos sus respectivas copas, estalló una explosion de vítores y palmadas.

El conde del Llano era un jóven de 25 años de edad, rubio, ojos azules, aspecto simpático, y vestia con elegancia suma. Fiado en su destreza en el manejo de todas armas, llevaba su buen humor hasta la insolencia. Era burlon y provocador, circunstancias que le habian acarreado muchos desafíos, y de todos habia salido triunfante. Esto no solo aumentaba de día en día su insolente audacia, sino que habia logrado adquirir tal nombradía, que generalmente se le respetaba, y todos sus amigos celebraban sus insultos como gracias, siendo los agraviados los primeros que se esforzaban por reirse y aplaudirlas.

Los pobres maridos que tenian mujer jóven y bonita consideraban al conde del Llano como un meteoro calamitoso para la paz conyugal, porque en medio de su desenfrenado libertinaje poseia un talento singular para seducir á las incautas. La misma celebridad que le habian granjeado sus frecuentes calaveradas, presentábale á los ojos del bello sexo como un interesante héroe de aventuras amorosas, y unido este aliciente á la finura con que prodigaba sus galanteos, á su elegante presencia y bellos modales para con las damas, y á su título y riquezas, haciente afortunado en sus románticas aventuras.

Habia perdido á sus padres siendo niño, y desde los primeros años de su adolescencia habia vivido sin la menor sujecion, bajo la tutela de una her-

mana de su madre, vieja tan presumida como imbécil, que además de tia era su madrina, le queria locamente, y no habia querido molestarle con estudios que, segun ella decia, paránada necesitaba siendo tan rico y teniendo tanto talento natural.

Los cafés, el tiro de pistola, la sala de esgrima y el picadero habian sido las cátedras que formaron su educacion, y en todas ellas habia descollado, pues al paso que no habia vicio que no poseyera, tan diestro era en el manejo de las armas como del caballo y del cabriolé.

El caballero Rompelanzas era capitán de los granaderos de á caballo de la Guardia Real, y otro espadachin igualmente temible. Su talla colosal, color moreno, y ojos grandes, rasgados y espresivos, le daban un aspecto feroz. Sin embargo, era muy útil en las sociedades filarmónicas porque cantaba regularmente y hacia gala de una voz de bajo muy fuerte y sonora, que por su extraordinaria robustez arrancaba con frecuencia numerosos aplausos.

Los otros personajes eran dos jóvenes de esos que abundan tanto en Madrid, que nadie sabe lo que son ni qué ocupacion tienen; pero que siempre se les vé muy elegantes é introducidos en las tertulias mas notables de la alta aristocracia. Nunca se batian, y en todos los lances de honor se les veia desempeñar el papel de testigos. Uno de ellos era jorobado, y el otro *velo de los anteojos verdes*, á quien el lector ha visto ya en el café de la *Cruz de Malta* en compañía del desgraciado don Agapito y otros personajes que celebraban con una comilona el regreso de Fernando VII á Madrid.

— Este es un manjar exquisito — dijo el jorobado engulléndose una ostra de un sorbo — particularmente para los que estamos estenuados de amor. Esto reanima las potencias... Es un escitante á la lubricidad. Yo estoy por la lubricidad... y por las ostras.

— Yo por el *Champagne* — repuso el conde del Llano, y dió una prolongada libacion á su copa.

— Nosotros los filarmónicos — dijo el capitán Rompelanzas — estamos por la armonía.

— ¿Qué tiene que ver la armonía con las ostras? — preguntó el jorobado.

— Es que el *Champagne* y las ostras — respondió el capitán — se armonizan perfectamente y forman un duo estomacal muy precioso.

— Lo malo es que vamos dando ya fin al prefacio — observó el conde —

y si tanto os gustan las ostras, vamos á pedir mas.

—¿Estás loco?—replicó el jorobado.

—Como dices que estás tan estenuado...

—Eso es verdad, yo adolezco de la misma enfermedad que el mozo que nos sirve. En viendo una morena con buenos ojos, ya soy hombre perdido.

—Ese efecto me le causan á mí todas las mujeres, sean morenas, rubias, pardas ó azules.

—Lo mismo digo—añadió con mucha formalidad el de los anteojos verdes.

—Pero dime—preguntó el conde al jorobado—¿es posible que haya alguna mujer que te quiera?

—¿Por qué no?

—Como llevas ese apéndice en la espalda... ese bulto...

—¡Toma! precisamente es el bulto lo que les hace gracia. No hay entemas soso para ellas que un hombre demasiado liso.

Esta réplica del jorobado fué acogida con una esplosion de carcajadas.

En este momento mudó el mozo platos, cuchillos y tenedores, quitó la fuente vacía donde habia estado el marisco, y fué cubriendo la mesa de nuevos y esquisitos manjares.

—¿Qué tal el prefacio, señoritos?—preguntó con truhanería.

—Magnífico—respondió el jorobado;—y aunque los jóvenes de naturaleza cálida como yo, no hemos menester ciertos estimulantes; nunca están demas para recobrar los bríos. ¡Tiene uno tantas ninfas con quienes cumplir!

—Aquí está ya todo—dijo el mozo después de haber arreglado el servicio con perfecta simetría y haber colocado otra botella de *Champagne* donde estaba la ya exhausta.—Creo que no tienen ustedes motivos de queja.

—Todos los manjares llevan trazas de esquisitos—repuso el conde—y como sean tan gratos al paladar como á la vista, no cabe duda alguna de que será la obra digna del prefacio. Toda vez que nada falta, déjanos en la mesa algunos platos y toma el pendingue, que acá nos compondremos. El *Champagne* escaseará tal vez.

—Hay otra botella de reten en esa mesita que está á la espalda de usted, señorito.

—Pues déjanos solos.

—Y si algo se ofrece, no tienen ustedes mas que tirar de ese cordón.

—Corriente. y le habló en secreto.

El jorobado se aproximó al mozo y le habló en secreto. Mientras el criado se marchaba, dijo el conde del Llano: —

—Estoy prendado de ese mozo..... Creo que podría sacarse de él un gran partido.

—Buen provecho te haga el mozo, —repuso el jorobado, —yo estoy por las mozas.

—Como que eres un mico de la casta de los mandriles.

—Déjense ustedes de inútiles cuestiones —esclamó el capitán. —Todo eso es perder tiempo, cuando hay tan ricos fiambres que reclaman nuestra predilección.

—¡A ellos pues! —esclamó el conde acometiéndolo con cuchillo en mano á una pava asada.

—¡A ellos! —gritó el capitán Rompelanzas destrozando unas perdices escabechadas.

—¡A ellos! —repitió el jorobado, —y cruzó sobre un rico jamon su tenedor y su cuchillo en ademan hostil.

—Lo mismo digo —esclamó el de los anteojos verdes, y con el mango de su cuchillo derrumbó un baluarte de turrón de almendra.

Dos minutos después no habia mas que escombros y ruinas sobre el campo del honor, y aquellos denodados valientes iban acuartelando los despojos en su estómago insaciable, mezclados con la sangre de las botellas y el humo de los habanos.

—Ahora, compañeros, seria bueno entonar un himno de triunfo en medio de la general devastacion —esclamó el jorobado.

—No hay cosa mas fácil, —repuso el capitán Rompelanzas. —Este es el coro. —Y con voz sonora cantó la estrofa siguiente:

¡Vengan niñas bellas! — ¡Copas y botellas!
 Apagad con ellas — el báquico ardor.
 ¡Vivan las mujeres! — ¡Vivan los placeres!
 ¡Honor á Citeres — á Baco y Amor!

— ¡Bien! ¡Bravo! —esclamaron el jorobado y el de los anteojos verdes.

—Es usted tan buen cantor como valiente —añadió el conde del Llano.

—Hay mil que pueden competir conmigo como cantor; pero en cuanto á

valiente no cuento en Madrid mas que con un digno rival, y este es mi amigo el conde del Llano.

— Confieso que me han asombrado tanto el denuesto como la destreza de usted.

— Y no ha sido menor mi admiracion al ver que su habilidad de usted ha hecho inútiles todos mis esfuerzos.

— Ha sido usted tan valiente como generoso. Se ha contentado con atravesar de un balazo mi sombrero... este sombrero que guardaré como una joya preciosa... como una memoria de mi mas íntimo amigo.

— Queríamos matarnos por una disputa insignificante; pero en lo sucesivo nada alterará nuestra amistad. Vengan esos cinco, señor conde.

— Con toda el alma — dijo el conde del Llano, y estrechando la mano del capitán, añadió: — Fuera cumplimientos entre nosotros, capitán. Desde hoy hemos de tratarnos como hermanos. Te juro fidelidad de amigo, capitán.

— Yo te juro amistad sincera, conde.

— ¡Viva la amistad! — exclamó el jorobado. — Propongo un brindis general á la cuádruple alianza; porque desde hoy quedamos ligados en indisolubles vínculos los cuatro que estamos aquí.

— Opino del mismo modo — exclamó el de los anteojos verdes — y en consecuencia ¡brindo por la amistad! ¡Viva la cuádruple alianza!

— ¡Viva! — gritaron todos.

— Ahora con mas motivo debe entonarse un himno báquico en celebridad de este fausto acontecimiento.

El capitán Rompelanzas se puso en pié y cantó la siguiente estrofa:

Si el vino es dulce, es simpático;

Si es tinto, es anti-espasmódico;

Si es blanco, sabroso líquido;

Si es amargo, estomacal.

Y las hermosas son cándidas

Si son rubias cual los ángeles,

Y si morenillas, sílfides

Que destellan gracia y sal.

Todos en coro repitieron:

¡Vengan niñas bellas! — ¡Copas y botellas!

Apagad con ellas — el báquico ardor.

¡Vivan las mujeres! — ¡Vivan los placeres!

¡Honor á Citeres, — á Baco y Amor!

El capitán solo: —

Para saciar sed hidrópica

Y apagar mi amor frenético

Gústame *muy viejo* el líquido

Y *muy joven* la mujer.

Dadme una niña romántica

Y una botella de espíritu,

Y pasaré en dulces pláticas

Luengas horas de placer.

Todos en coro:

¡Vengan niñas bellas! — ¡Copas y botellas!

Apagad con ellas — el báquico ardor.

¡Vivan las mujeres! — ¡Vivan los placeres!

Honor á Citeres, — á Baco y Amor!

Los mismos cantores, por natural efecto sin duda de su excesiva modestia, aplaudieronse estrepitosamente su habilidad.

— No canto mas — dijo el capitán.

— ¿Por qué? — replicó el jorobado.

— Porque he de cantar esta noche en un concierto, y sentiria ponerme ronco.

— Con una copa de Cariñena ó Jerez al final de cada coplita — alegó el jorobado — se queda como nueva la garganta.

— ¿Y dónde se verifica el concierto? — preguntó el conde.

— En casa de la marquesa de Verde-Rama — respondió el capitán.

— Será preciso que vayamos todos allá — dijo el jorobado.

— Soy del mismo parecer — añadió el de los anteojos verdes.

— Yo no he estado nunca — objetó el conde.

— Eso no es inconveniente — repuso el capitán. — Tendré el gusto de presentarte.

— ¿Y hay buenas muchachas? — preguntó el conde.

— La dueña de la casa es una mamá que cuenta medio siglo.

— No voy — dijo el conde con resolución.

— Pero tiene una hija lindísima.

— ¿A qué hora empieza el concierto? — preguntó el conde con interés.

— Temprano... á eso de las diez.

— La hora mas animada del café... Por esa razon no voy á ninguna tertulia; pero en tu obsequio, capitán, haré hoy un esfuerzo.

- ¿En mi obsequio, ó en el de la lindísima hija de la marquesa? 18
- La marquesita es plaza rendida ya, amigo conde — interrumpió el jorobado.
- ¿Está casada?
- No; pero está en vísperas de casarse con el duquecito de la Azucena.
- ¿Con ese mocosuelo que nos ha venido de Londres tan grave y formal?
- Con el mismo.

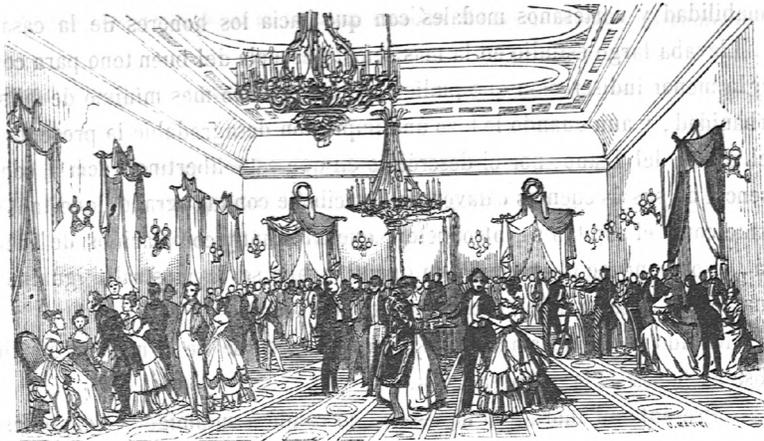
— Pues cómo la marquesita me guste, se queda el otro sin novia. Apuradamente son estas las conquistas que acometo con mas gusto y empeño. En luchas de amores no puede haber gloria si no hay obstáculos que vencer.

Abrióse de repente la puerta, y aparecieron bajo el dintel cuatro graciosas y bien formadas jóvenes, vestidas con voluptuosidad, lujo y elegancia.

Todos se quedaron atónitos menos el jorobado, que encaramándose en la mesa con una copa en la mano, exclamó:

— ¡Brindo por las bellas formas!





CAPITULO II.

EL CONCIERTO.

Une fille qui a remporté tous les premiers prix à son pensionnat... et qui revient chargée de couronnes..... aurait besoin de voir du monde pour y faire briller ses talens. C'est très-juste; car à quoi sert d'avoir des talens, si vous vivez comme un ours?... Les ours n'apprennent ni le dessin ni la musique, parce qu'ils ne vont pas en soirée.

PAUL DE KOCK.

No molestaremos al lector con la minuciosa descripción del brillante aspecto que ofrecían los salones de la marquesa de Verde-Rama, á las once de la noche, al verificarse el concierto en que debía tomar parte el capitán Rompelanzas.

Hemos ponderado en otros capítulos el esquisito gusto, finura y elegancia con que la dueña de aquel palacio sabía granjearse la admiración de la alta aristocracia; no solo por la suntuosa riqueza de los adornos, la esplendor de los refrescos é inteligente dirección del espectáculo, sino por la

amabilidad y cortesanos modales con que hacia los honores de la casa.

Llevaba largo estudio en la mas selecta escuela del buen tono para cometer la menor indiscrecion que pudiera adolecer en lo mas mínimo de falta de urbanidad, y aun cuando le hizo una impresion desagradable la presentacion del conde del Llano, por el descrédito en que este libertino yacia á consecuencia de sus frecuentes calaveradas, recibióle con tal agrado, que tanto el conde como el capitan su introductor, quedaron muy complacidos de la mamá, lisonjeándose el primero, de que si la hija se le mostraba igualmente amable, no le seria difícil conquistar su corazon.

Alentado por esta halagüeña esperanza, separóse de la marquesa y dirigióse en busca de la hermosa Elisa.

— Preséntame ahora á la hija — dijo el conde á su amigo. — Tengo deseos de ver si es efectivamente hermosa como supones.

— Es encantadora — repuso el capitan; — pero probablemente estará obsequiándola el duquecito de la Azucena.

— Nada importa..... Hagamos el primer reconocimiento de la plaza, que luego ya me compondré yo para establecer el sitio, sin necesidad de tropas auxiliares...

— ¿Y te lisonjeas de ceñir el laurel de conquistador?

— Como la niña me guste.....

— Pero si la plaza no se rinde...

— La tomaré por asalto.

— Eso es..... ¿tendrias valor para persistir en tu empresa aun cuando te diese calabazas Elisa?

— ¿Se llama Elisa?

— Creí que lo sabias ya.

— ¡Qué nombre tan bonito! Ya empiezo á sentir amor... estoy enamorado de su nombre.

— ¿Y si el duquecito, como es regular, no abandona el campo?

— Me batiré con él. Haré lo que otras mil veces con algunos maridos á quienes he castigado severamente.

— ¿Y de qué les has castigado?

— De haber tenido la audacia de amar á sus mujeres; y como entre caballeros está siempre la razon de parte del que vence, hasta ahora no me ha faltado nunca.

—Allí está— exclamó el capitán cuando llegaron al otro extremo de la sala.

— ¡Cáspita! — repuso el conde — no me has engañado; es efectivamente encantadora.

—Y hay una silla vacía á su lado. La fortuna te protege.

Mientras los dos amigos se dirigian en busca de la marquesita, la mamá estaba en conversacion con el duque de la Azucena.

—Tranquilícese usted, amiga mia — decia el duque. — Eduardo y Elisa no tardarán en reconciliarse, y entonces se amarán mas que nunca.

— ¡Qué sé yo!... dura ya demasiado el desvío de Eduardo, y me temo que algun nuevo amor...

— No es presumible — alegó con turbacion el duque.

— ¡Hay tan poco que fiar en los hombres!...

— Está usted muy severa hoy.

— La veledad es su divisa. Y si el hijo se ha de parecer al padre...

— ¿En tan mal concepto me tiene usted?

— En todas las mujeres encuentra usted atractivos.

— Hay algunas que los póseen.

— Mil gracias por la franqueza con que confiesa usted su debilidad.

— ¿Querrá usted negar que hay mujeres hermosas?

— No por cierto... todas lo son más que yo para usted.

— No dice usted ahora lo que siente.

— Digo lo que veo... lo que usted mismo acaba de confesar.

— ¡Yo!

— Asegura usted que todas las mujeres son hermosas.

— No por cierto, solo digo que hay algunas que lo son, pero es preciso confesar que abundan tambien las que nada tienen que agradecer á la madre naturaleza.

— Entiendo la indirectilla.

— ¿Qué indirectilla?

— Sin duda me considera usted en el número de las últimas.

— Bien sabe usted que no es así.

— Sin embargo...

— Explíquese usted sin rodeos.

— Se muestra usted muy sensible á los atractivos de las hermosas.

—Las veo... porque sería preciso estar ciego para no verlas; pero le aseguro á usted que me son de todo punto indiferentes.

—¿Todas indiferentes... no es verdad?

—Todas no.

—Es decir, que hay algunas entre ellas que le interesan á usted.

—Una sola, amiga mía, una sola.

—¿De veras? —preguntó la marquesa haciendo una mueca de presunción.

—¿Lo duda usted? —añadió el duque sonriéndose con ternura.

—¡Qué sé yo!... Como ignoro quien es la favorecida...

—Hemos hablado de las mujeres hermosas.... Busque usted la que mas descuelle entre todas ellas, y tendrá usted que confesar que he sido muy delicado en mi eleccion.

—Siempre se espresa usted por enigmas. No parece sino que le ruborice el pronunciar el nombre de la beldad predilecta.

—Y usted se goza en hacerme repetir lo que sabe muy bien.

—Nadie sabe lo que no se le dice.

—Pues qué, ¿no le estoy á usted diciendo á todas horas que la amo?

—No me lo dice usted muy á menudo... y aun cuando me lo diga, falta ahora que sea verdad. Siempre ha sido usted inconstante, y como Eduardo siga las mismas máximas...

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que se le esperan buenos ratos á la pobre Elisa.

—Vamos, está visto que he de pagar yo las culpas de Eduardo.

—Bueno es que confiese usted que es Eduardo el culpable.

—El culpable no, acaso el celoso.... y usted sabe muy bien que los celos son hijos del amor. Elisa es demasiado amable.... Lo es con todos.... y esto suele á veces perjudicar á quien ama.

—Elisa está educada con esmero. *Como que en solos tres meses que estuvo pensionada en un colegio, ganó los primeros premios y volvió á casa con multitud de coronas, y no puede faltar á las leyes de la buena educacion.* ¿Quisiera usted que se manifestára grosera á los cumplimientos que por cortesania dirigen los hombres á todas las mujeres? ¿Quisiera usted que ocultá-
ra su instruccion, su talento, su amabilidad?

—Yo no quisiera nada de eso; pero acaso Eduardo desearia no ver-

la siempre rodeada de galanteadores! — ¡Rodeada de galanteadores! ¿Qué quiere decir eso? ¿Trata usted de amancillar la pureza de los sentimientos de mi hija por apadrinar la estraña conducta de Eduardo?

— ¡Válgame Dios! no se puede hablar: dá usted un sentido siniestro á las frases mas inocentes. Los jóvenes son todos galanteadores, y no son otra cosa mas que galanteos los mismos cumplidos que sin malicia alguna dirigen á las damas. Elisa es jóven y hermosa; nada tiene de particular que se atraiga mas que otras esta clase de ovaciones inofensivas. Usted misma acaba de decir que no ha de responder Elisa con grosería á los cumplimientos que se le dirigen. Pues bien, Eduardo la habrá visto en este caso tan natural y sencillo, pero los enamorados somos una especie de microscopios solares, que abultamos estraordinariamente todos los objetos, y nada tiene de particular que esté celoso figurándose que Elisa recibe con agrado los obsequios de cuantos la rodean.

— Aun cuando así fuese, bastaria una leve manifestacion de queja; pero eso de pasar dias y dias sin visitarnos, es una prueba evidente de su inconstancia. Lo he dicho antes... es hijo de su padre.

— Es la segunda vez, amiga mía, que saca usted á relucir mi inconstancia. Yo creo que desde nuestra última reconciliacion no le he dado á usted el menor motivo de resentimiento; y si eso de la inconstancia alude á otros tiempos, no ignora usted que ambos tenemos por qué callar. Acordamos echar un velo sobre lo pasado; no me culpe usted nunca de ser yo quien lo descorra. Descorrido este velo no cabe amor entre nosotros.

Como el duque pronunció su réplica con cierta dignidad, temió la marquesa haberle agraviado en términos que pudiesen alterar el proyecto de los dos enlaces, enlaces que arrullaban su orgullo con doradas ilusiones; y apelando á su magistral coquetería, dijo sonriéndose:

— ¡Siempre impresionable á la menor oposicion!

— La oposicion que hace usted á mis argumentos adolece hoy de una intolerancia excesiva, y como usted es siempre amable y cariñosa, me causa mayor efecto su severidad.

— Es verdad, amigo mio, confieso que he sido severa en demasia; pero usted perdonará mi falta en atencion al motivo que la produce. El temor de que Eduardo no ame á Elisa me quita el sosiego, y como siendo él quien tan